

provista de una balaustrada de madera. El suelo del patio, de la galería y de los aposentos estaba formado por un bellissimo mosaico de deslumbrantes colores: los arcos pintados y llenos de arabescos: la balaustrada labrada primorosamente, con finísima delicadeza y prolija labor: todo el edificio, en suma, dispuesto con una armonía y una gracia, que lo hacían digno de los alarifes que concibieron y realizaron la Alhambra. En el centro del patio sobresalía una fuente, y dentro de un hueco del muro, revestido de mosaico formando rosas y estrellas, veíase otra que arrojaba el agua por tres caños. Del centro de cada uno de los arcos pendía una linterna morisca. Á lo largo de uno de los lados del jardín extendíase una ala del edificio, con una graciosísima fachada de tres arcos, igualmente pintados y adornados de arabescos, delante de la cual saltaba rumorosa el agua de una tercera fuente. Había, además, otros patiecillos, corredores, reducidos aposentos y gabinetillos como se encuentran en todas las casas orientales. Alguna cama de hierro sin sábanas ni colcha, algún reloj de pared, un espejo en el patio, dos sillas y una mesita para el embajador, y media docena de alcarrazas y cachivaches de tierra, constituían todo el menaje de aquella casa. Lo demás de él formábanlo en los aposentos principales, riquísimos tapices recamados de oro, pendientes de las paredes, y blancos colchones tendidos sobre el suelo. Fuera de lo dicho, ni una silla, ni una mesa, ni un balancín. Se debía traer el mobiliario del campamento. En cambio, fresco agradabilísimo en todas partes; doquiera el arrobador murmurio de las fuentes; plácida sombra; aire lleno de perfumes; no sé qué de muelle y voluptuoso en las líneas, en los colores, en el ambiente, en la luz, que halagaba los sentidos y embriagaba la razón. El edificio se hallaba rodeado de paredes elevadí-

simas, y en torno de él se extendía un laberinto inmenso de callejuelas desiertas.

En cuanto nos hallamos en el patio, comenzó un verdadero jubileo de ministros y altos dignatarios, cada uno de los cuales conversaba con el embajador durante un cuarto de hora, acariciándose los pies, mientras hablaba. De todos, el que más particularmente llamó mi atención, fué el ministro de Hacienda. Era un moro de unos cincuenta años, de severo aspecto, sin barba, vestido completamente de blanco y luciendo un gran turbante. Cuando más lo contemplaba, menos podía persuadirme de que aquel hombre pudiese tener algo de común con Minghetti y Sella. Uno de los intérpretes me advirtió que era de gran ingenio, aduciendo como prueba el que habiéndosele en cierta ocasión presentado uno de esos aparatos que resuelven mecánicamente operaciones aritméticas, él había resuelto la misma operación en el mismo tiempo y con idéntico resultado. Y era de ver la expresión de profundo respeto con que Selam, Alí, Civo, y todos los demás criados árabes contemplaban á aquel personaje que, después del Sultán, constituía para ellos la más viva representación de la ciencia elevada á su grado más culminante, al par que de la gloria y del poder á que en la tierra sea dado alcanzar.

Terminadas las visitas tomóse posesión del palacio. Los dos pintores, el médico y yo nos instalamos en los aposentos que salían al jardín: los demás, en los que correspondían al patio. Los intérpretes, cocineros, marineros, criados, soldados, buscaron lugar apropiado donde establecerse, lo que no les fué difícil, con lo cual el aspecto del palacio cambió completamente en breves instantes.

Puestas las cosas en su sitio, tratóse de visitar la ciudad.

Los primeros que se echaron á la calle fueron Ussi y Biseo, siguiéndoles después el comandante y el capitán: por mi parte resolví esperar á la mañana siguiente, en que se habría calmado la agitación que me dominaba. Salieron en parejas, rodeados, como malhechores, de una cohorte de soldados armados de palos y espingardas. Permanecieron ausentes una hora, que se me hizo eterna, regresando al cabo de ella cubiertos de polvo y de sudor, cual si volviesen de un campo de batalla, apresurándose á expresar más bien con el ademán que con la palabra, la impresión de sorpresa de que se hallaban poseídos. Sus primeras palabras fueron — gran ciudad — muchedumbre inmensa — grandes mezquitas — santos en cueros — maldiciones — palo largo — cosas del otro mundo. Sin embargo, la noticia de más sustancia dióla Ussi, diciendo que en una calle más frecuentada que las otras, no obstante la vigilancia de los soldados, acercósele como una furia una muchacha de quince años, que descargándole un soberano puñetazo en el cogote, había dicho:

— ¡Malditos sean estos cristianos! ¡No hay un rincón de Marruecos de donde no vengan á echarnos!

Tal fué la primera acogida hecha al arte italiano dentro de los muros de Fez.

Entrada la noche, díme una vuelta por el palacio. En los descansos de la escalera, delante de las puertas de los gabinetes, en el jardín, en todas partes veíanse soldados acurrucados envueltos en sus capuchones, durmiendo profundamente. Junto á la puertecilla del patio, tendido encima de una estera, roncaba el fiel Hamed-ben-Hassen, con la guma al lado. La luz opaca de las linternas hacía centellear los

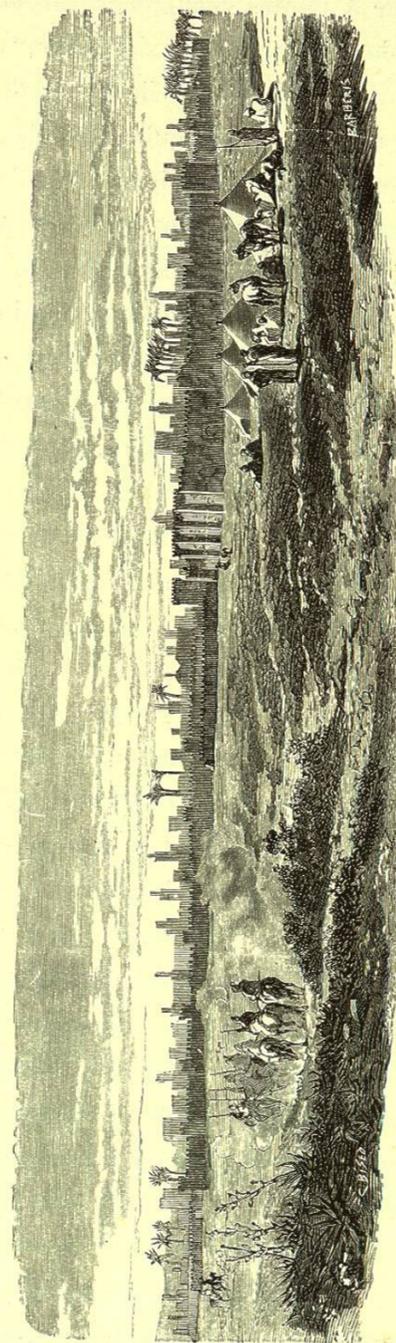
mosaicos del pavimento y del muro que parecía tachonado de perlas, y comunicaba á todo el edificio la magnífica y misteriosa apariencia de una morada regia. Brillaban las estrellas en el firmamento; una brisa suave mecía los naranjos y limoneros del jardín; en medio del silencio de la noche percibíase distintamente el lejano murmullo del río de las Perlas, el argentino murmurar de las fuentes, el compasado tic-tac de los relojes, y de tarde en tarde la aguda voz de los centinelas, que cantando los versículos del Corán, se daban el alerta de una á otra de las puertas del edificio. ¡Cuán dulces y tranquilas se deslizaron las horas aquella noche, apoyada la frente en la reja de la ventana que bañaba la plácida luz de la luna, pensando en la desconocida ciudad que se alzaba en derredor, en mi casa, en mis amigos, en las mujeres del Sultán, en el mundo de allá, en mil cosas fantásticas y amadas!

El día siguiente salimos cuatro ó cinco juntos, acompañados de un intérprete y escoltados por diez soldados de infantería, en el uniforme de uno de los cuales veíanse aún los botones con la efigie de la reina Victoria, cosa que se explica, sabiendo que muchas de aquellas prendas rojas, son desechos de los uniformes que usa el ejército de Gibraltar. Colocáronse dos delante de nosotros, dos detrás y tres á cada uno de los lados, los primeros provistos de espingardas y los restantes de sendos palos y cuerdas con nudos. Sus fachas eran tales, que cada vez que de ellas me acuerdo, no puedo menos que bendecir al buque que me volvió á Europa.

El intérprete nos preguntó qué era lo que deseábamos ver.  
—Todo Fez, respondimos.

Desde luego nos dirigimos hacia el centro de la ciudad.

Aquí sería preciso comenzar diciendo: — ¡Quién me dará la voz y la palabra! ¿Cómo expresar el estupor, la maravilla, la compasión, la tristeza que experimenté en presencia de aquel grandioso y lúgubre espectáculo? La primera impresión es la que produce una inmensa ciudad decrepita que se está deshaciendo paulatinamente. Casas elevadísimas que parecen formadas de casas superpuestas que se derrumban, descostradas, agrietadas de arriba abajo, apuntaladas por todos lados, sin más aberturas que agujeros insignificantes en forma de saetera ó de cruz; largos espacios de calles flanqueados de paredes altas y desnudas, como muros de fortaleza; calles en cuesta llenas de escombros, ruinas y maleza, que tuercen cada treinta pasos; á cada punto un largo pasadizo cubierto, oscuro como camino subterráneo, por el cual es indispensable



Fez

andar á tientas, callejones sin salida, tabucos, antros, sinuosidades húmedas y siniestras, cubiertas de osamentas de animales muertos y de estiércol putrefacto; todo iluminado por una luz crepuscular que da tristeza. En algunos puntos el terreno es tan desigual, tan denso el polvo, tan penetrante el hedor, y abundan tanto los mosquitos, que es indispensable pararse para cobrar aliento.

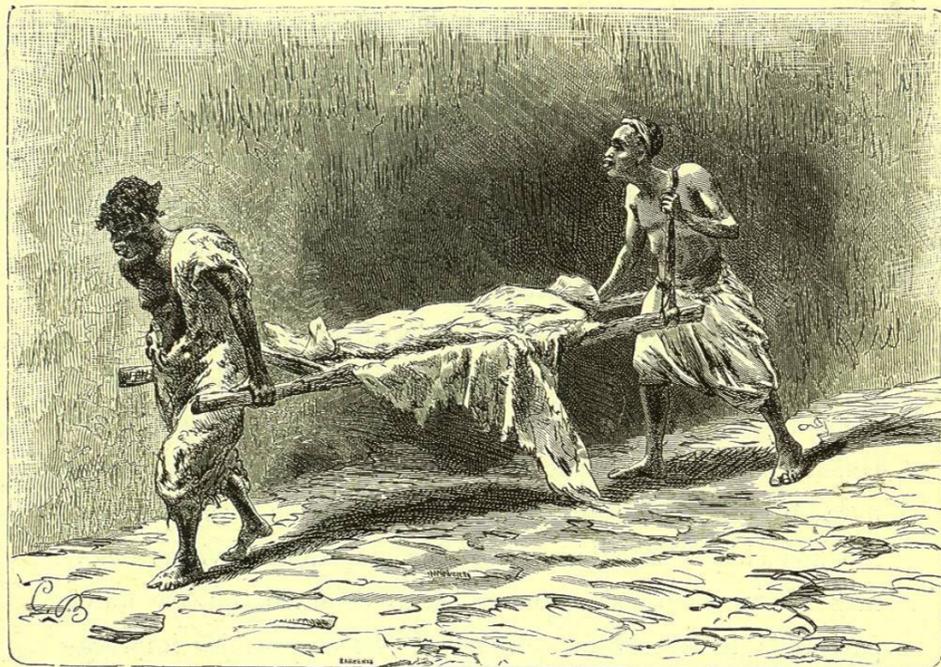
Media hora hacía que caminábamos, y en ella habíamos dado tantas vueltas y revueltas, que, á haberlas dibujado, de seguro habríamos formado uno de los más intrincados arabescos de la Alhambra. De cuando en cuando llegaba á nuestros oídos el ruido de una rueda de molino, el rumor del agua, el estrépito producido por un telar, una cantilena de voces nasales, que se nos decía procedían de una escuela de muchachos; pero no se descubría nada en parte alguna. Nos acercamos al centro de la ciudad: hay más gentes en las calles; los hombres se detienen para franquearnos el paso, mirándonos con ademán de sorpresa; las mujeres retroceden y se ocultan; los chiquillos gritan atemorizados y echan á correr; los muchachos murmuran y nos amenazan de lejos con el puño, fija la mirada en las varas de los soldados. Observamos fuentes embellecidas con hermosos mosaicos; puertas llenas de arabescos, algún patio con arcos de herradura, algún resto de delicada arquitectura árabe ennegrecido por el tiempo. Á cada instante nos encontramos á oscuras, á consecuencia de atravesar pasadizos cubiertos; después llegamos á entrever un poco de luz, y por fin volvemos á quedar á oscuras.

Penetramos en una de las calles principales, que mide unos dos metros de anchura y está completamente llena de gente. Todo el mundo nos rodea y forma círculo á nuestro

alrededor. Los soldados gritan, sacuden y empujan para abrirnos paso, y al cabo deben contentarse haciéndonos con sus pechos un baluarte, cogiéndose de las manos para que no los separe la muchedumbre. Teníamos mil ojos que nos estaban contemplando, sentíamos que nos faltaba la respiración, estábamos inundados de sudor, adelantábamos con mucha lentitud, debiéndonos detener á cada paso, ora para dejar pasar un moro á caballo, ora para dejar sitio á un asno cargado de cabezas de carnero chorreando sangre, ora para que pasara un camello que conducía una mujer cubierta con su velo. A ambos lados vense bazares llenos de gente; patios llenos de mercancías; puertas de mezquitas al través de las cuales se distinguen extensas galerías y gente postrada que ora. En toda la calle, hasta donde alcanza la vista, sólo se ven capuchas; todo es blanco, y se diría que todo el mundo anda de puntillas. El ambiente se halla saturado de un olor penetrante de áloe, especias, incienso y kif, cual si se caminara á lo largo de un inmenso almacén de drogas. Pasan muchos chiquillos cubiertos de tiña y cicatrices; viejas deformes sin un solo pelo, con el pecho desnudo, que se abren paso á la fuerza, lanzando contra nosotros terribles imprecaciones; locos casi completamente en cueros, coronados de flores y de cintajos, llevando en la mano una rama verde, que ríen y cantan, ó repiten continuamente la misma palabra, balanceándose en presencia de los soldados que los quitan de delante á empujones. Pasando por otra calle encontramos otro santón desmesuradamente obeso, completamente desnudo, que anda con gran fatiga, llevando una mano donde los pintores suelen poner una hoja de higuera, y apoyándose con la otra en un lanzón cubierto de lienzo encarnado. Al pasar junto á nosotros, nos miró de reojo, murmurando no sé qué. Algunos

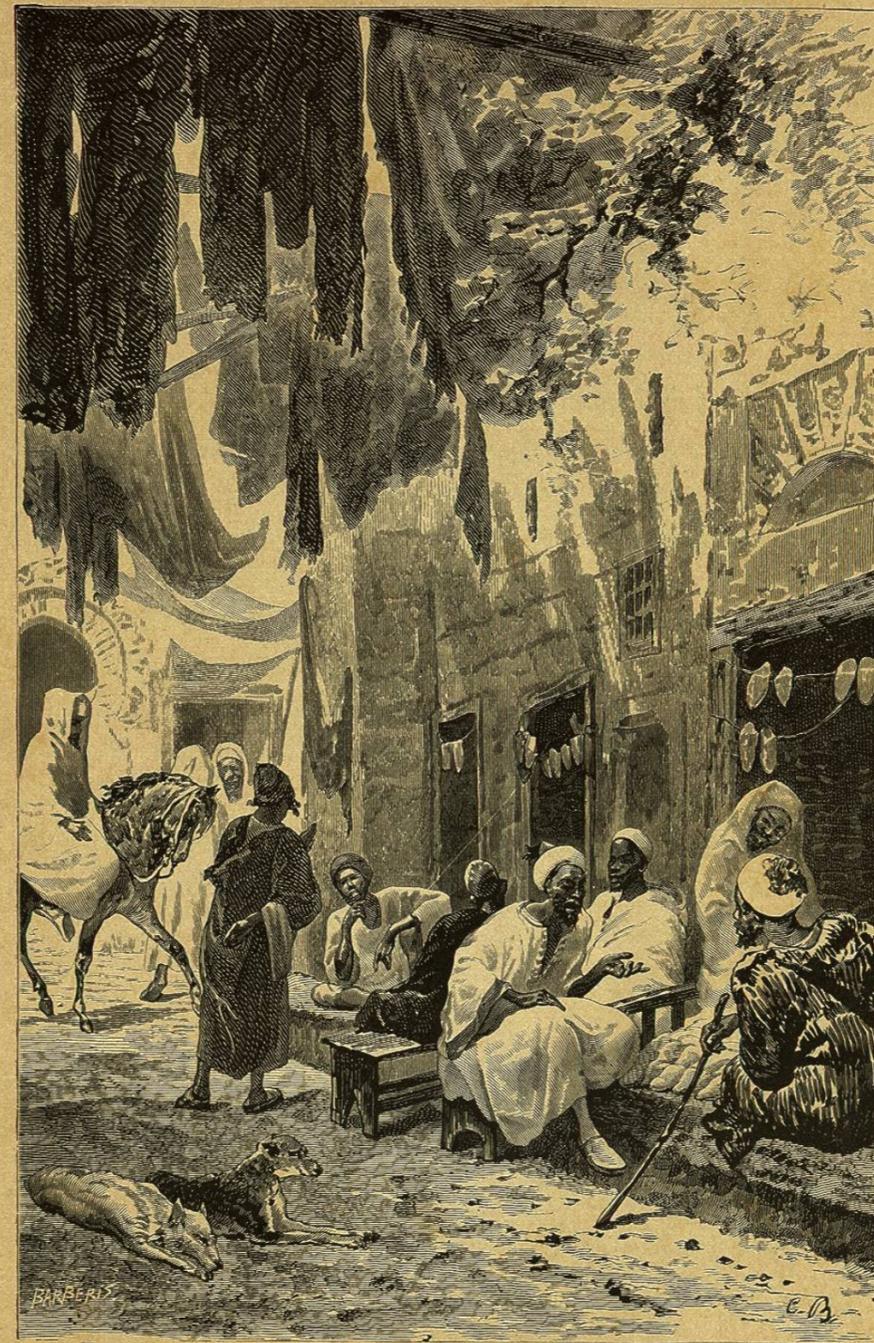
pasos más adelante vimos cuatro soldados que arrastraban á un desgraciado, lleno de heridas y arañazos, — un ladrón cogido con el hurto, — y detrás un enjambre de chiquillos gritando:

— ¡La mano, la mano, cortarle la mano!



Conducción de un cadáver

En otra calle vimos dos hombres que sobre unas angarillas conducían un cadáver, seco como una momia, amortajado en un saco de lienzo blanco ceñido al cuello, á la cintura y á las rodillas. Yo me pregunto dónde estoy, si sueño ó estoy despierto, y si la ciudad de Fez y la de París pertenecen á un mismo planeta. Entramos en los bazares. En todas partes se ve gran concurso de gentes. Las tiendas no son más que agujeros abiertos en el muro como en Tánger.



Marruecos.

Bazar de babuchas